
C A P Í T U L O X X I

Donde empieza la rápida evolución de Mapiche en materia de progreso

El nombre del sabio Dr. Quix, el amigo y protector de Santiago, corría de boca en boca por toda la villa. Todos ardían en deseos de conocer aquel extranjero, de quien se contaban cosas tan extraordinarias, y reventaban de orgullo al pensar en la gloria de Mapiche, espontáneamente elegida por el ilustre ciclo-turista para lugar de su residencia.

La llegada de un expreso, procedente de Sanisidro, a los pocos días del arribo de Santiago, puso en movimiento a todos los vecinos: era el anuncio oficial de la venida del Dr. Quix, y con este aviso del Gobernador para el Alcalde, llegaron varias cartas particulares sobre el mismo asunto, en que se excitaba vivamente a los habitantes de Mapiehe a echar el resto en el recibimiento de tamaño personaje.

Entre las cartas, venía una muy reservada de D. Manuel para D. Gaspar, en que le comunicaba sus impresiones y juicios respecto al Dr. Quix, con el mayor sigilo.

“Creo –le decía– que nos ha caído encima una gran calamidad. Infórmate allá menudamente con Santiago sobre los antecedentes y circunstancias particulares del Dr. Quix, porque para mí tengo que es un loco rematado. Habla, sin embargo, con tal seducción sobre artes, ciencias y letras y promete cosas tan grandes y estupendas, que tiene alucinado al pueblo. Así es que desdichado de quien le vaya en contra, porque sería anatematizado como refregado y enemigo de la causa del Progreso. He comunicado este juicio con varios amigos, en el seno de la intimidad, y todos están conformes con él, aunque en público tenemos que seguir la corriente.

“En la familia, tenemos la pena de ver a Lola enferma: desde hace algunos días ha entrado en una tristeza y abatimiento que nos tiene alarmados. Acaso tendremos que volver al Granadillo, a pasar otra temporada, porque ella lo desea, y el médico no se opone”.

Junto con esta carta, D. Gaspar recibió otra diametralmente opuesta: era de Policarpo, quien a vuelta de muchos circunloquios y neologismos, le encarecía la conveniencia de recibir y tratar al Dr. Quix como correspondía a un hombre superior, cosmopolita y habituado a la vida moderna en los grandes centros; que interpusiese todo su influjo en la villa para impedir esas manifestaciones y obsequios vulgares, hijos de un regionalismo oscuro, a fin de que todo quedase *chic*, porque se trataba de ovacionar a un apóstol de la nueva idea, a un enamorado del Ideal, a un atleta del modernismo científico y literario.

D. Gaspar abrió los ojos con gran sorpresa, en vista de estas dos cartas; guardó la de D. Manuel en el fondo de su baúl, y dejó sobre la mesa la de Policarpo, dispuesto a esperar los acontecimientos, doblemente picada su curiosidad con respecto al Dr. Quix, pues Santiago lo pintaba como un tipo excéntrico, extraordinario, cuasi fantástico; y no era D. Gaspar de aquellos a quienes se comulga fácilmente con ruedas de molino, sino hombre que sabía buscarle el hueso a las cosas.

Al anoecer, aquel mismo día, D. Gaspar se presentó en casa del Vicario, e impuso secretamente a éste de lo que sabía respecto al Dr. Quix, y lo más que podría saberse, poniendo en confesión a Santiago. El padre Juan, picado también por la curiosidad, hizo llamar a su ahijado, que estaba fuera, y tan pronto llegó, se encerraron los tres en la sala de la Vicaría.

—Santiago —le dijo D. Gaspar— algo nos has contado sobre la vida íntima del Dr. Quix, pero tenemos motivos para hacerte una averiguación formal y minuciosa sobre la materia, en el seno de la mayor intimidad.

—Ciertamente —agregó el Vicario— interesa que nos digas cuanto sepas sobre este raro personaje.

Santiago los miraba con profunda sorpresa. —¿Dudan acaso de lo que les he dicho?

—Nada de eso; pero es posible que por olvido o falta de ocasión no lo

hayas dicho todo. Después te diremos el por qué de esta urgentísima y secreta averiguación.

Les contó, pues, punto por punto, cuanto sabía, sin prescindir del más mínimo detalle, desde su encuentro con el pastor de Montiel, hasta su despedida del doctor en el puerto de las Palmas, comunicándoles, asimismo, con naturalidad y sencillez, sus propias impresiones, en vista de las cosas extravagantes que a cada paso advertía en su ilustre compañero de viaje, así en acciones como en palabras.

A medida que Santiago hablaba, D. Gaspar se movía en la silla con una inquietud extraordinaria: en sus ojos había esa como radiación luminosa, propia de las personas inteligentes, que anuncia una idea feliz o un gran descubrimiento, en lo cual no se habían fijado ni el Vicario, que continuaba oyendo con viva atención, ni Santiago, que lisa y llanamente proseguía el relato del viaje y aventuras del Dr. Quix.

De pronto, D. Gaspar se pone en pie, hablando consigo mismo, da dos o tres paseos a lo largo de la sala, y vuelve a sentarse, interrumpiendo bruscamente a Santiago:

—¡Hombre cándido!... ¿No has caído todavía en la cuenta de quién sea este enjuto caballero, aparecido en la Mancha, nada menos que dentro de la histórica cueva de Montesinos, llamado D. Alonso Quix, que es lo mismo que Quijano, y con un pelmazo de criado y escudero llamado Sancho de Argamasilla?...

El Vicario se paró como tocado por un resorte, con los brazos levantados al cielo.

—¡Es posible, D. Gaspar!... Luego cree usted que sea...

—Don Quijote en persona, señor Vicario.

—¡Don Quijote!... repitió Santiago estupefacto.

—El mismísimo, muchacho, que tan lindamente te ha metido las cabras en el corral del teclado eléctrico, le contestó D. Gaspar, en medio de una ruidosa carcajada.

—Dejémonos de chanzas —dijo el Vicario— ¿Habla usted en serio D. Gaspar?

—Y muy en serio: según la tradición árabe, ni D. Quijote ni Sancho han muerto: duermen encantados en la misteriosa cueva de Montesinos. Si

estos, que Santiago nos trae con tanto estrépito de fama, no fueren ellos mismos, en carne y hueso, por de contado que serán sus descendientes en línea recta.

—Pero eso de sueños y encantamientos es cosa relegada ya a cuentos y consejas para los niños. ¿Cómo, pues, nos viene usted a nosotros con esas, D. Gaspar, en pleno siglo de luces? —le replicó Santiago.

—Pues muy formalmente. Ahora, para que tú no tengas escrúpulo en creerlo, te hablaré en fino, es decir, en términos modernos: D. Quijote es un fenómeno del mundo invisible, un ente particular, que ora por autohipnotización, ora por transfusión espiritista a través de las generaciones, cualquiera que sea su medium evolutivo, es lo cierto que el Héroe de los Molinos de Viento, vive y viaja, aparece y desanda por el mundo, como el Judío Errante: en él ha encarnado el espíritu de cada época de una manera joco-típica. Fue filósofo y artista entre los Griegos, procónsul y tribuno en Roma, cruzado con Pedro el Ermitaño, caballero andante en la Edad Media, y es ahora apóstol de la ciencia y del progreso en los tiempos modernos.

El Vicario y Santiago estaban confundidos. D. Gaspar, agregó, con su inalterable buen humor:

—Conque, mis amigos, que este descubrimiento quede aquí entre los tres: punto en boca, y obrar según el tiempo en que vivimos.

—¿Y qué hacemos en este caso?

—Lo que todos hacen, aunque estén, como nosotros, convencidos de la verdad: dejar que ruede la bola, sin meternos a detenerla, porque sería tanto como hurgar un avispero. No se trata sólo del Dr. Quix, sino de la bandera que enarbola, que aunque esté en manos de un loco, es la bandera del día, la bandera resplandeciente del Progreso, sobre la cual está escrito: *noli me tangere*.

—No obstante lo dicho —dijo el Vicario, dominado por el sentimiento de la gratitud— sea loco o cuerdo, es hombre de gran corazón, y de nuestra parte lo serviremos y obsequiaremos con demasiado gusto.

—Perfectamente, señor Vicario, su locura no lo priva de ser gran caballero, y a canas honradas no hay puertas cerradas. En lo público, usted verá la pompa del recibimiento que le haremos. Policarpo va a quedar satis-

fecho —dijo D. Gaspar, riéndose con estrépido— ¡Hay que echar las campanas a vuelo!...

—¿Las campanas?... preguntó el Vicario, encarándose con D. Gaspar

—¡No, señor! con las cosas de la Iglesia no deben meterse.

D. Gaspar continuaba riéndose.

—De ninguna manera, mi respetado amigo. Esté usted tranquilo por ese lado, pues no me refiero a las campanas de la Iglesia, cosa demasiado clerical y vieja, sino a las campanas del progreso moderno, que son los tipos de imprenta. Es necesario poner en actividad la prensita que hay en el pueblo. Tú debes encargarte de esto, Santiago, porque sin prensa, las fiestas del recibimiento carecerían de lo principal, que es la publicidad y resonancia, para los fines cosmopolitas.

—Ya había pensado en eso —dijo Santiago, penetrado de la idea de D. Gaspar— porque fue una de las cosas que primero me averiguó el Dr. Quix: si había imprenta y periódico en Mapiche, pues es apasionadísimo por la prensa. Macario está ya en cuenta de esto, y se ocupa en hacer limpiar la imprentica, para publicar el programa de la recepción.

—Bueno, bueno: verán ustedes una fiesta chic, a la moderna, sin rancias ni oscurantismos, como la quiere Policarpo. ¡Yo también conozco los resortes del gran mundo!

La conferencia secreta duró tanto, que Romualda estaba molesta, porque se había pasado la hora del rezo, y harto curiosa, viendo correr las horas de la noche sin que se abriese la puerta de la sala del Vicario, donde oía la conversación animada de los tres, interrumpida de cuando en cuando por la risa de D. Gaspar.

Santiago, corrido y avergonzado al principio, acabó por adherirse en todo al juicio formado por D. Gaspar, confesando que él también había tenido por loco al celeberrimo doctor en varias ocasiones. No obstante esto, se sentía inclinado al sabio viajero por una fuerza irresistible de gratitud y simpatía, y se propuso darle de su parte gusto en todo lo que pudiese, inclusive en la obra y propaganda del Progreso, su tema favorito.

Macario, desde que recibió el oficio del Gobernador, andaba de la seca a la meca, buscando casa, y previniendo lo necesario para el gran recibimien-

to. A falta de mejor acomodo, se eligió una casa de altillo, que llamaban la Posada del Fraile, porque en tiempos pasados allí solía alojarse un fraile misionero. Ahora vivía en ella un zapatero remendón, llamado Toribio, ya viejo, que recibía huéspedes, cuando llegaban, los cuales eran algún buhonero, prestidigitador o acróbata, de esos que de año en año visitan las aldeas.

Una estrecha escalera de madera comunicaba el suelo con el altillo, el cual era una sola pieza. Se le dio una lechada a las paredes, se pintaron las puertas y ventanas, y con muebles prestados aquí y allá, se aderezó el alojamiento en el altillo, que tenía un balconcete para la plaza; todo con beneplácito y sorpresa del maestro Toribio, que no recordaba haber tenido nunca un inquilino tan encopetado como el que esperaban. En la parte más visible del exterior de la casa se puso, por indicación de D. Gaspar, un letrero, en caracteres muy gordos, que decía: Hotel Cosmopolita.

Se despachó aviso a los vecinos de las aldeas del Granadillo, las Cocuizas y Peña Negra, para que viniesen a las fiestas de recepción; se organizó una Junta para que formulase el programa: y desde luego se pensó en un obsequio campestre, en una jira al día siguiente de la llegada del gran Caballero, la cual se efectuaría en la hacienda de D. Luis.

El pueblo de Mapiche nunca la había visto más gorda en materia de fiestas, y por eso andaba en candela, remendando aquí, blanqueando allá, y preparándolo todo para el gran día, que llegó, al fin, risueño y alegre, como un día de pascua.

En bestias propias unos, en alquiladas otros, y en facilitadas a préstamo los más, salieron en gran cabalgata al encuentro del Dr. Quix, presididos por Macario, quien a fuer de alcalde de la villa, era el jefe político del cantón, y el cual, so pretexto de enfermedad, se había estado encerrado más de veinticuatro horas, aprendiéndose el discurso, que era obra de D. Gaspar.

Se reprodujo, poco más o menos, la misma escena de Sanisidro, cuando se lo toparon en el camino: curiosidad, sorpresa y silencioso respeto. Feo, y mucho, les pareció, pero nadie se atrevía a decirlo, tal era la aureola de grandeza en que venía envuelto aquel raro personaje. No faltó quien creyese de buena fe que la fealdad estrambótica era cualidad característica en los sabios modernos.

Escarmentado el Dr. Quix, de su viaje de ciclista por caminos de recuas, aceptó mula del Gobierno para trasladarse a Mapiche; y Sancho tuvo a dicha aceptarla también, considerando la suerte de su pollino, honrado con la carga de la bicicleta y los instrumentos antes dichos. Policarpo venía con ellos.

Macario, que no se cortaba ni delante del Padre Eterno, sacó a bailar el trompo que llevaba enrollado, con una entonación digna del mejor tribuno. ¡Aquello fue discurso y medio! Habló de las entrañas de la tierra, del polvo cósmico, de la Teosofía y la Antropología, de los rayos x y la balística, de la evolución estético-sociológica de la bestia humana (del hombre quería decir), y de las radiaciones aurales del nuevo Ideal, fulgurecente sobre los albíneos e impolutos horizontes de la modernísima etapa!

Policarpo lo oía con admiración y asombro: en sus adentros, se sintió corrido y humillado, pues él creía que era privilegio suyo exclusivo hablar en la comarca sobre aquellas cosas modernas, y se hallaba con que el alcalde de Mapiche se le iba muy por encima en artes del más refinado modernismo. D. Gaspar, confundido con la multitud, se retorció los bigotes y pujaba, reprimiendo la risa, a tiempo que Macario, que en punto a letras no sabía de la misa la media, estaba muy orondo del buen efecto de su ininteligible discurso, oyendo la contestación del sabio doctor, que no se hizo esperar, dicha con la elevación y altisonancia con que él sabía ponderar la excelsitud de la causa del Progreso.

Como puede colegirse, el encuentro de Santiago con sus viejos amigos, fue en extremo cordial y expansivo; y pasados los cumplimientos oficiales y presentaciones del caso, la comitiva se puso en marcha, e hizo su entrada en la empavesada villa, bajo arcos de flores y ramas olorosas, y con ruido de música, pólvora e infantil algazara. En los arcos había inscripciones alusivas al héroe de la fiesta, dictadas por el autor entaparado de cuanto se hacía en Mapiche, el agudo bromista D. Gaspar, que se hacía el burro muerto, para coger zamuros vivos, a quien Macario tenía por un oráculo, y como tal lo consultaba en todo: “Al Maestro del Ideal”, decía en uno; “Al Iluminador de los Pueblos”, se leía en otro; “Al Intelectual Culminante”, etc.

—¿Recibió usted mi carta? —le preguntó Policarpo a D. Gaspar, tan luego se vio con él en medio del concurso.

—Oh, sí, y ya ves como las cosas van por buen camino: el Dr. Quix llegará al Hotel Cosmopolita, que está montado a la moderna.

—¡Hay hotel en Mapiche!

—Y muy bueno: con elevador, servicio a la carta, y todo al estilo americano.

—Ah, entonces estamos en regla: el doctor es un modernista intranigente, y no debemos salirle con tradicionalismos ni antiguallas.

—Pues no tendrá por qué quejarse, Policarpo. La ocasión es propicia para que el mundo sepa que también Mapiche ha entrado por el aro brillante del Progreso. Mañana habrá un *pic-nic*, en el *chalet* de *L'Orquette* (La Horqueta era el nombre de la hacienda de D. Luis), en obsequio del doctor, a que asistirá la *high-life* de la villa; y pronto crujirá la prensa...

—¿Tienen imprenta?

—Montada en el mismo Hotel: así es que circularán en breve las crónicas de esta gran ovación. Los reportes están ya en actividad.

En la casa del maestro Toribio, o mejor dicho, en el Cosmopolita, se había montado la prensita, provista de media docena de cajas; y la causa de sacarla de donde estaba, e instalarla allí, no era otra sino aprovechar los ratos de ocio del mismo zapatero, que era en la villa el único que entendía de imprenta, pero como aquel no era negocio productivo, él no lo ejercía como oficio, sino en caso de necesidad, o por complacer a los amigos, como en esta vez. Dicha imprentica había sido introducida a Mapiche en años anteriores, durante un largo y tempestuoso proceso eleccionario, como arma de partido.

Al llegar la comitiva al Cosmopolita, todos los del lugar que acompañaban a los viajeros, inclusive Macario, recibieron gran sorpresa: la escalera para subir al altillo había desaparecido. ¿Cómo se subirá ahora? se preguntaban mirando a todas partes, en los momentos en que el Dr. Quix era conducido a dicho altillo por lo más granado de la villa.

De pronto, D. Gaspar, que iba entre ellos, hace girar la rueda de una garrucha instalada en el piso bajo, y al instante se ve descender de lo alto un tablón cuadrado, que cerraba la portezuela o entrada del piso superior. Un ¡bravo! acompañado de exclamaciones se oyó entre los presentes: era el elevador, que D. Gaspar había combinado con la ayuda de un carpintero, utili-

zando una garrucha de subir materiales de fábrica, la cual existía de tiempo inmemorial arrinconada en la sacristía de la Iglesia.

El Dr. Quix y Policarpo, habituados a los ascensores en los hoteles del gran mundo, se montaron incontinenti sobre el tablón, que tenía una endeble barandilla hecha con tablas de cajones; y el mismo D. Gaspar, ayudado por el maestro Toribio, que tenía puños de atleta, dio vuelta a la garrucha, hasta levantar la plataforma descrita a nivel del piso superior, y así fueron bajando y subiendo los que quisieron, admirados del nuevo sistema.

Cuando se retiró la gente, y el maestro Toribio se recogió en su departamento, D. Quijote y Sancho se estuvieron en el piso bajo, que era el aposento destinado para éste, platicando largo rato sobre muchas e interesantes materias, entre ellas el éxito asombroso de la Fierabrasina, que Sancho había hecho negocio suyo exclusivo, con plena autorización de su amo. La fama de las píldoras del Dr. Quix crecía como la espuma, y el dinero caía diariamente en los bolsillos de Sancho, que bendecía y alababa la pródiga tierra de América.

—Aunque su merced viene provisto de buena cantidad de píldoras, sería conveniente que pidiese a Barcelona cuantas pueda cargar un buque, porque se venden como pan caliente, y día por día se descubre en ellas alguna nueva virtud.

—¿Nuevas virtudes, dices?

—Sí, mi amo, pues no solamente son medicina de cristianos, sino también de animales.

—Explícate, Sancho, porque yo, que soy su inventor, ignoro que tenga esa otra aplicación, a la verdad sorprendente.

—El caso es que yo tampoco lo sabía, pero so me ocurrió recetarlas, en la posada de Sanisidro, a una mujer que se quejaba de una gallina, porque no le ponía huevo alguno desde hacía tiempo; y cata, mi amo, que di en el clavo. Dióle tres o cuatro píldoras, confundidas con granos de maíz, y a los pocos días la gallina empezó a poner.

—¡Oh! entonces son *ovomífugas*.

—¿Qué quiere decir ese latinazo, mi amo?

—Que facilitan la postura de huevos, o en otros términos, Sancho, que hacen a las aves buenas ponederas.

—Exactamente, y yo espero que andando el tiempo, puedan recetarse también a las vacas y cabras para hacerlas lecheras. No olvide poner todo eso en esas letanías mayores que su merced mandó imprimir en cada caja.

—En la lista de enfermedades sobre las cuales obra la Fierabrasina, querrás decir; lo que en verdad tendré muy presente para la próxima edición de rótulos. Has debido obtener de esa mujer la carta-certificado que en tal caso es de ordenanza. Ahora, tira del elevador, para que me subas a mi aposento, porque ya es tarde, y hay que mañanear.

Aquí fueron los aprietos y sudores: Sancho se prendió de la garrucha para hacer subir la plataforma, sobre la cual se había puesto D. Quijote, muy tieso y espetado, pero fueron tales las sacudidas, y tanto el vaivén de la maroma, que tuvo que agarrarse con ambas manos de la barandilla, mientras que Sancho renegaba, y los echaba redondos contra semejante sistema de ascensión. Cuando logró subirlo, le dijo jadeante:

—Mi amo: será mejor que mande poner una escalera en vez de este guindajo.

—¡Estúpido! ¿No sabes que este es el modo de subir y bajar en los grandes hoteles?

—Pues sepa su merced que si menudean las subidas, no será Sancho quien aguante la carga.

—No te acobardes, hombre, porque dentro de pocos días, la fuerza animal que ahora exige esta máquina, será reemplazada por un motor eléctrico, o de vapor, según los planos que al intento ha ofrecido presentar nuestro compañero Policarpo, ingeniero electricista.

—No lo pongo en duda, mi amo, pero en el ínterin, yo le suplico que no deje la subida para tan tarde, a fin de que haya aquí otras personas con quienes compartir la carga.

Esta conversación era de piso a piso, por entre las rendijas del entablado, y con ella terminaron los faustos sucesos de aquel día, quedando, en seguida el modernísimo hotel y toda la engalanada villa sumidos en la oscuridad y el silencio: Mapiche dormía.